

El Pájaro Cultural

Nº 103 Marzo del 2017

Publicación del Noroeste S.30



Contando en el Campanario. Tinta de Nicolás Bessio



Cabeza de Toro con doble hacha

Eran delgados y fibrosos, algo morenos, como los dravídicos. Una tribu, o grupos de aventureros que se habían echado a la mar. Del continente asiático, desde Asia Menor avistaron la isla grande y allá fueron, a Creta. Muy de a poco, tal vez durante milenios, crearon una genealogía que se ofreció al culto de las flores y de los delfines, el cuerpo ligero en lances con el toro. Los presidían sacerdotisas de senos turgentes, erguidas y suaves, antes de toda perplejidad.

Hicieron laberintos, símbolos y emblemas que no sabemos descifrar... Como ellos tampoco descifrarón la voluntad de destrucción que después, de golpe tuvo el mar, la tierra temblorosa, el aire enrarecido y los volcanes. Todo se conjuró contra la dicha doméstica y social. Se abalanzó y barrió la paciencia y el esmero de siglos, el amor a las pequeñas cosas, las propiciaciones y ofrendas. A todas luces los dioses lo hicieron y no hubo manera de calmarlos. Los dioses... o vaya a saber qué absurdo consustancial con la muerte.

La historia que nos enseñaron sobre las culturas europeas antiguas es grecolatina y por medio de titulares. En recuadros menores, los pueblos de diversas latitudes que tuvieron de modelo y huéspedes a los griegos y que finalmente fueron organizados en el vasto imperio de Roma. Se estudian las alianzas o enemistades de estos pueblos en las guerras contra Cartago, y cómo afrontaron otros la romanización, desde Britania a Partia, desde la Nubia hasta Germania.

Un manto de enigmas se despliega acerca de las culturas anteriores a la historia establecida. Las megalíticas, distantes en el tiempo y vigentes durante milenios, quedan entre las sombras.

Muy poco se habla del mundo cultural cretense. Su esplendor se calcula entre el 1750 y el 1350 antes de nuestra era. La desbarataron extraños fenómenos cuyas particularidades no quedaron reflejadas de forma escrita u oral. El más escandaloso y hoy tema de consenso científico lo constituye aquella furia de los elementos que asoló esa zona del Mediterráneo en más de una ocasión.

La mitología dice que cuando Zeus perdió la cabeza de deseos por Europa se transformó en toro y la sedujo. Consumó el himeneo en las playas cretenses de Mátala. Tres hijos nacieron: Sarpedón, Radamante y Minos, el famoso rey de la isla. ¿Era Europa la diosa, o la misma Creta? Por lo pronto, el legado divino lo aprovechó Minos hasta el punto de que hablar de cultura primigenia europea u occidental es referirse a la civilización minoica.

Para la galería de curiosidades rituales, el actual presidente del parlamento de la Unión Europea preside las reuniones sentado en un sillón que es copia y reflejo cabal del encontrado en el palacio del rey Minos.

¿A qué llamamos cultura minoica? La primera aproximación dará nota de una ciudad palacial o construcciones con apariencias de laberinto que albergaban alrededor de mil quinientas dependencias las cuales eran viviendas, almacenes, salón procesional al aire libre, es-

cenario de deportes y danzas, lugar del hierogamos sagrado, talleres de extraordinarias artesanías. Un grandioso palacio que invitó a la imaginación y a los sueños de Arthur Evans a reconstruirlo parcialmente para realzar su obra de explorador y sugerirnos una forma de pensarlo. El palacio de Knosos es un enigma que habla a través de sus representaciones.

Aunque ya de por sí nos sorprende la ausencia de murallas defensivas en la gran ciudad de los cretenses. ¿Dónde se apostaban los vigías que estamos acostumbrados a ver en las antiguas ciudades así como en las cárceles? ¿Quién cuidaba de que no entraran tropas subrepticias a matar al rey y erigirse por encima del desorden? Nada de murallas. Sí una explanada para las procesiones. En ella había sitiales para dignatarios, la imagen del toro con blancos cuernos y, presidiéndola, como los cuernos de la abundancia o el signo del matriarcado labris en las hachas dobles. También terrazas y niveles de edificación con diversa presencia de Phitois de trigo, vino, aceite y otras riquezas de Creta.

Insistimos, no se ven soldados por ninguna parte. Tras la ausencia de murallas tampoco se avistan reyes exigiendo vasallaje a súbditos extranjeros o propios. No izan prisioneros por los cabellos para cortarles el pescuezo. Tampoco hay hieráticos desfiles ni arreos de esclavos, si los hubo, resulta probable que fueran de escasa relevancia en el cuadro de la isla. Parece que las decenas de miles de pobladores ejercían sus trabajos sin coacciones.

La lengua de la época fundacional nos es desconocida porque la descifrada recientemente es la lineal B. De la lineal A aún campa el enigma. ¿Importa tanto? Sí y no. Jamás especulación alguna nos extrañará de la afirmación festiva en las representaciones. Celebran la existencia del lado de acá, terrenal. Casas, jardines, cacerías, el mar, sus trabajos y el arte de vivir en armonía con la Naturaleza.

Uno ve las cerámicas cretenses y nunca son una muestra más. Su misterio nos inquieta y desafía. En esa cultura hay persistentes interrogantes a resolver. Nos asombra la posición de la mujer oficiante de la vida, el deporte y seguramente el trabajo artesanal y el gobierno. Se siente que ellas eran muy due-

ñas de sí mismas, engalanándose en dirección a la diosa madre en un vuelo de trascendencia ajeno al ascetismo. Ellas... amadas por las serpientes y los hombres.

Sentimos eso y no se va del alma la presencia de los rostros felices, apacibles y orgullosos de existir, tanto en hombres como en mujeres jóvenes de apretadísima figura y flexible andar. Nos invitan a una fiesta. Sus movimientos son naturales a la vez que indicativos de cierta gracia etérea, imprescindible para entrar en la música. El cuidado de los cabellos se pinta en las negras guedejas que les caen sobre la frente y la espalda, en cabezas rapadas alrededor de un centro de mechones renegridos. Ojos bien abiertos para recibir la luz del mundo. Fibrosos miembros dijimos, en la deliciosa redondez de las caderas femeninas. Siempre altas y expresivas las cabezas, ningún arma en la mano, presencia del mar en peces y moluscos que nadan o se retuercen en el vientre de las vasijas, temblor de aves y felinos en los frescos, risas de los monos que imitan o presiden oficios humanos.

Imaginamos que antes y después, simultáneo al orden patriarcal que nos vendieron como imprescindible en la historia, hubo una forma de vivir sin la imposición del estado y la violencia de las clases ávidas de sacrificios humanos en diversas índoles. Ocurrió en Creta, en medio del Mediterráneo donde todo aconteció, incluso el olvido. Allí, en el sitio del que venimos.



Bailarina con Víboras

MINOICOS Y OCCIDENTALES

La civilización cretense no abarcó el mundo como ahora la occidental. Sólo ocuparon un territorio que comprende la banda este del Mediterráneo. Sus enclaves giraban alrededor de un palacio. Situados en distintas latitudes conformaron el eje del mundo minoico.

Unos cientos de miles de personas la habitaron en el lapso cercano al milenio... Acaecieron entretanto varios terremotos y erupciones volcánicas. De golpe, contra el cielo azul y apacible los dioses ctónicos bramaban y escupían fuego.

Se especula que primero hubo temblores de tierra cuyo epicentro estaría en la isla de Thera, distante de Creta unos cien kilómetros. Luego estalló el volcán, quizás el más imponente de los últimos diez mil años! Con el volcán se desataron tormentas de piedra pómez, de ácidos sulfúricos y de otros materiales nefastos para cualquier vida. Después lluvias prolongadas... y el tsunami en varios intervalos. ¿Qué iba a quedar de aquello? Desastres y soledades. Pero no es justo que ningún testigo. Se propasó la Gran Madre hasta llegar a cometer hibris. Está a la vista. Tendrá que pagarlo. La indagamos, sabemos de sus avatares y propósitos. Heráclito dijo que nadie escapa a la hibris. La Gran Madre tampoco pues, con nuestro progreso, tras castigarla y escarnerla por aquel daño irreparable, imaginamos conjurarla también, ¡con los cuernos del conocimiento!

El hermoso cielo se oscureció. De rojo se tiñeron las montañas, de humo con colores siniestros, estruendosos y acres. Nada bastó: ni las oraciones, ni las ofrendas de sangre, ni el sahumero, ni la renuncia a los almacenes que tanta vida costó llenar. Llegaron los dioses, o quien fuera, y con manos avaras, descomunales, lo desordenaron todo. Hasta los cimientos y las raíces devoraron.

Y de la vida, esa cosa tan de maravilla y entretenida no quedó ni la sombra del recuerdo.... Salvo restos de vasijas sobre las que vuela la imaginación de los arqueólogos. Con los cataclismos ctónicos que marcaron sucesivas caídas de esa civilización murieron muchos cretenses. Es probable, se dice, que en el año 1350 a.d.C. abandonaran todo empeño de ser ellos mismos y se dispersaran entre griegos, fenicios, y ¡a saber quiénes más! Después las invasiones, siempre tentadas con las islas se encimaron unas sobre otras. Micénicos, dorios, helenos, romanos, cristianos, árabes, venecianos, turcos... Una larguísima y nunca saciada lista de codiciosos de la bella isla.



Sarcófago de Hagia. Tríada

No obstante, sus mitos y hallazgos continuaron germinando en el vasto espacio greco-latino. Al punto de que hoy es sensato decir que "todo empezó en Creta". Contra las ideas lineales que nos llevaron a tener concepciones acerca de "una progresiva evolución en la sociedad" (¿hacia el paraíso de los creyentes? ¿sociedad futura igualitaria equivalente con la comunidad primitiva?), Creta contesta.

Empezamos en Creta, aunque los desarrollos salieron torcidos en muchos aspectos. ¿Qué pasó? Cuando los acosados colectivos de la modernidad se tornan hacia el feminismo, el pacifismo, la ecología, uno siente que algo evocan de un tiempo que no fue meramente mítico. No. Tal vez, porque los mitos no vienen de la nada. La vida, siempre, es el sustento.

OCASOS Y PREGUNTAS

El triunfo posterior de los micénicos y luego de los dorios en la cultura griega, significó un retraso en áreas fundamentales de convivencia. En el mundo griego las mujeres fueron notablemente destinadas a funciones reproductivas y hogareñas. También la abundancia de esclavos estalló en sus cifras por encima de la población de ciudadanos. Un evidente retroceso sucedió a aquella civilización minoica en la que se siente la existencia humana conectada a la naturaleza. Empezó el gran cambio con los micénicos que portaban avanzadas armas de bronce y una organización militar que los convertiría en vencedores. De su época son las tumbas con grupos de guerreros enterrados con lanzas y espadas. Algunas franjas de los palacios destruidos por terremotos, incendios e invasiones fueron reconstruidas. Los recién llegados se habrían fundido con las

antiguas sociedades. Así retornaron algunas ceremonias, se hornearon vasijas y panes a la usanza minoica, se decoraron las paredes de los edificios. Sin embargo, se advierte que el arte era lineal, repetitivo, los motivos rígidos. La individualidad estética cedía el terreno a pautas establecidas por el estado, en la voluntad de sus personeros. En un par de siglos se sellaría la definitiva decadencia de la sociedad ahora minoica-micénica según el eufemismo arqueológico, allá por el 1350 antes de nuestra era. Desde Homero y Heródoto, los paradigmáticos, hasta varios siglos después, hubo referencias a ella en las obras de poetas e historiadores. Luego una bruma de olvido fue empañando las restallantes palabras de Creta, Minotauro, Diosa Madre, labris, laberinto...

Tras unos dos mil años de silencio, el obstinado empeño de Arthur Evans descubrió el palacio de Knosos. A su obra le siguió una serie ininterrumpida de diversas disciplinas científicas. Los meros soñadores vamos y nos gusta darles a los teorizadores evolucionistas del transcurso humano sobre la tierra, en la médula de sus ideas. Para ellos, los modernos siempre estaremos en una situación de privilegio, en lo más alto del camino... ¡aunque hayamos utilizado los crematorios para el genocidio y vivamos bajo la amenaza de centenares de bombas nucleares! Dicen que comenzamos comiéndonos los unos a los otros. Esclavizando al vecino después. Martirizando a los enemigos. Amurallándonos armados hasta los dientes en cuerpo y alma. Sometiendo a las mujeres. Guardando jerarquías, bajo pena de muerte por el solo hecho de olvidar rituales. Temiendo a dioses absolutos y a sus ministros en la

tierra. Ocurrió en la prehistoria y en la historia, dicen. Mucho se anduvo para "evolucionar" desde aquellas lacras del poder autocrático. Arribamos a la llamada convivencia democrática. ¿Sin necesitar de la paz armada? ¡Pero si somos estupendos y vivimos en el mejor de los mundos posibles!

No alcanzo a tocar el núcleo de la tragedia minoica. Soy incapaz, medroso, fútil, autocompasivo. En la isla vecina de Thera no quedó nada a la vista tras estallar el gran volcán del 1600 a.d.C. Sólo un sordo dolor, pues nadie parece haberse salvado. Los arqueólogos destapan las viviendas que sobreviven bajo siete metros de una infame lluvia de piedra pómez y encuentran desorden de huida apresurada. La tierra habrá empezado a temblar estruendosa, ¡al igual que el bramido del Minotauro encerrado? Con desesperación recogieron lo que pudieron llevarse y corrieron hacia los puertos de mar. ¿A treparse en las barcas? ¿A esperar ayuda de las ciudades vecinas? ¿Para qué? Se abalanzaron sobre el horizonte olas de treinta metros. El centro de la isla de Thera estalló y el mar anegó el enorme cráter. Entonces irrumpieron tsunamis en oleadas sucesivas que alcanzaron costas de la isla grande de Creta. Oh, Naturaleza, sabia, generosa, cruel e incomprensible.

Los arqueólogos estudian apasionadamente esa baraja de enigmas que viraron hacia otras concepciones los fundamentos de la historia europea. Nos contagian el entusiasmo. Por el revés de la trama nos preguntamos si en futuras edades alguien se apasionará por nuestra civilización de ondas electromagnéticas y de artefactos. ¿Alguien?

Marzo del 2017